

# 1983: Un año de interrogantes

“Nos guste o no, habrá un nuevo orden mundial de las informaciones.” La afirmación contenida en el informe de Kroloff y Cohen dirigido al Senado norteamericano en noviembre de 1977 y que decretara la estrategia “cooptadora y entrista” de la administración Carter frente a los partidarios del cambio comunicacional, acaba de ser sustituida por una nueva estrategia de demolición diseñada por el equipo Reagan.

El campo de experimentación de este giro intransigente frente al nuevo orden, fue la XXII Conferencia General de la UNESCO, que el 27 de noviembre de 1983 culminó en París y donde el viejo orden logró contener los avances reformistas, dividió a las fuerzas del cambio, oscureció los conceptos aprobados en la Conferencia General de Belgrado y ganó tiempo para rehacer fuerzas y retardar la consolidación histórica de un orden informativo democrático, equilibrado y de doble flujo.

## LA ESTRATEGIA CARTER

James Carter, actuando con lucidez en defensa del capitalismo informativo de su país, cuyo complejo industrial responde al 46% del producto bruto nacional, emplea el 50% de la fuerza de trabajo y ocupa el segundo lugar entre las industrias de exportación de EE.UU., lanzó al ruedo, con el apoyo de la Trilateral, una política de sutil “entrismo” en las ciudadelas del nuevo orden informativo.

Los conceptos, las consignas y las banderas del Nuevo Orden Mundial de la Información y la Comunicación (NOMIC) dejaron de ser atacadas por las delegaciones norteamericanas que, en un abrupto cambio, las introdujeron, por razones tácticas, en su discurso diplomático.

El objetivo: no oponerse al nuevo orden sino redefinir su contenido. Para ello era necesario modificar el lenguaje y ganar aliados. En todos los foros internacionales se percibió este cambio de conducta en el último tramo del gobierno Carter. Hasta la Agencia Internacional de Comunicaciones de EE.UU. (USICA) sufrió cambios sustanciales adecuándose a tales fines.

Ya en esas fechas, la investigadora chilena Raquel Salinas, advertía al respecto: “¿Podemos ser ingenuos? La nueva y artificial flexibilidad que Estados Unidos mostró en el período 1978-1980 no significa un cambio en las reglas del juego. Lo que hay, en su lugar, es un juego que permanece sin cambios fun-

damentales, pero que se ha vuelto más complejo, más sutil, más engañoso.”

Cierto es que el objetivo final es el mismo, pero también es cierto que los medios para conseguirlo cambiaron radicalmente. De lo que se trataba era de dejar de negar la existencia de un desequilibrio informativo brutal e injusto pero al mismo tiempo se trataba de controlar las fórmulas y recetas que debían proponerse para superar tal situación.

Cómo negar —decían los asesores de Carter— que el 90% de los países sólo controlan el 10% de la información mundial mientras que un 10% del resto de las Naciones del orbe controlan, con los EE.UU. a la cabeza el 90% del flujo internacional. El hecho es indudable y es mejor que administremos una salida a esta situación o tarde o temprano el libre flujo será un cadáver histórico: ésta fue la premisa sobre la que se basó la nueva estrategia. Y puestos a buscar salidas “honorables” inventaron el Programa Internacional para el Desarrollo de las Comunicaciones (PIDC). Porque es un hecho que hoy muchos olvidan, desconcertados ante el sabotaje de la administración Reagan a los objetivos del PIDC, que fue EE.UU. quien propuso su creación.

El origen de la iniciativa se remonta a 1978 cuando, en la XX Conferencia General de la UNESCO, el jefe de la delegación norteamericana, embajador John Reinhardt, propuso, de acuerdo a la nueva táctica de cooptación, un plan para impulsar las comunicaciones en los países en vías de desarrollo. Dicho plan, con múltiples modificaciones y concesiones mutuas, culminó con la creación del PIDC en la XXI Conferencia General de la UNESCO, en 1980, en Belgrado.

El PIDC que la administración Carter planteaba era un PIDC que exigiría irónicamente superar el escaso desarrollo de las comunicaciones en el Tercer Mundo mediante el expediente mágico de la transferencia de tecnologías.

El Departamento de Estado hacía suyas de esta manera las consignas de un nuevo orden que intentaba superar el subdesarrollo informativo, pero proponía un inadecuado remedio peor que la enfermedad padecida. Serían las poderosas corporaciones transnacionales privadas las que tendrían que transferir al Tercer Mundo la tecnología de la cual carecían.

La propuesta de un PIDC pragmático, desideologizado, orientado a facilitar al amparo del libre flujo del financiamiento de las corporaciones transnacionales privadas fue inmediatamente impugnado por los defensores del nuevo orden. Nadie creyó que precisamente los generadores de la dependencia pudieran favorecer su superación. ¿Acaso podía la empresa privada transnacional, sin contradecir su sustancia, contribuir al desarrollo autónomo de su dependiente clientela?

Se abrió un gran debate al respecto donde la mayoría se pronunció por abrir un proceso hacia el desarrollo de la capacidad de los países que reciben ayuda para elaborar sus propios equipos de acuerdo a sus necesidades nacionales y sus finalidades propias. Aclararon además que el desarrollo de las comunicaciones no consistía en simple transferencia de tecnología y que, en definitiva, toda tecnología debía responder a las estructuras culturales y de comunicación nacionales y a la posibilidad de asimilarlas y utilizarlas.

La mayoría abrumadora de UNESCO privilegió la cooperación horizontal sur

—sur por sobre la cooperación norte-sur, diseñada sobre bases bilaterales, ajena a todo multilateralismo, y con el objetivo de canalizar equipos y entrenamiento de técnicos. Tal cooperación norte-sur no entiende la transferencia de tecnología como transferencia de conocimientos sino como mera venta de equipos. Y de “cooperación” sólo le queda un vocablo vacío de contenido.

Fue por ello que, en una primera instancia, el Tercer Mundo, Africa, Asia y América Latina, con algunas fisuras, se inclinaron por un PIDC que fortaleciera cualitativamente las capacidades endógenas de sus naciones para lograr la autosuficiencia sin caer en el aislamiento. Y fijaron sus objetivos: contribuir al desarrollo autónomo, la independencia cultural y la unidad nacional, promoviendo las políticas nacionales de comunicación, la cooperación horizontal y el esfuerzo endógeno. EE.UU. insistió en sus propuestas de instrumentar lo que algunas delegaciones calificaron de “Plan Marshall de las comunicaciones”, donde los países en desarrollo expondrán sus necesidades y los industrializados elegirán como en una gigantesca feria aquellas que les interesen para su propia economía y desarrollo, generando así una dependencia más sutil y corrosiva que acentuará en definitiva la desigualdad. Se trataba, en último término, de abrumar y despersonalizar con “más de lo mismo”. Se trataba, de “apoyar” el nuevo orden con el fin paradójico de consolidar aún más firmemente la vieja situación que se resistía a cambiar.

La trampa no era fácil de detectar. La transferencia de tecnología transnacional para que no acentúe la dependencia necesita de coherentes y articuladas políticas nacionales de comunicación que impidan el desbordamiento. Tales políticas nacionales no existen en el mundo en desarrollo, donde la única política aprobada es la ausencia de políticas de comunicación social.

Ante este panorama nuestros países serán fácil presa de un orquestado Plan Marshall de las comunicaciones, sin política articulada alguna que le hiciera frente.

En este contexto nació el PIDC a propuesta de EE.UU. Con la promesa de terminar con el subdesarrollo acentuando la dependencia.

## LA ESTRATEGIA REAGAN

Ronald Reagan, un hombre poco acostumbrado a las sutilezas y complejidades, no entendió la estrategia Carter para mediatizar el nuevo orden informativo. Y rodeándose de los elementos más opuestos a las políticas de la UNESCO emprendió una cruzada de sanidad destinada a terminar con los principios del nuevo orden informativo que siempre consideró “una maniobra contra la propiedad privada de los medios de comunicación”. De esta manera, y en su ya conocido “estilo bulldozer”, instaló la guerra fría en el propio corazón de la UNESCO, atacando en todos los foros aquellos conceptos del nuevo orden informativo que ponían el acento en el desequilibrio, el acceso y la participación social. Y no contento con ello, sabotó el PIDC que su antecesor había impulsado en los marcos de la estrategia de cooptación, negando persistentemente todo

recurso financiero al Programa, más allá de simbólicas contribuciones y promesas incumplidas. O el PIDC acepta ser un instrumento para ensanchar la economía a escala de las sociedades transnacionales o se muere de inanición, parecían decir sus delegaciones. Decidió vetar todo proyecto que en el seno del PIDC intentara impulsar la defensa del NOMIC. Y en la cuarta reunión del PIDC, en Tashkent, hizo efectiva su amenaza, bloqueando un proyecto de la Federación Latinoamericana de Periodistas, organización continental que agrupa a 25 sindicatos nacionales en 22 países de la región, y que pretendía formar a sus 105 mil afiliados en la práctica profesional del nuevo orden.

Animó la organización en Talloires, Francia, de la Conferencia "Voces de la Libertad" auspiciada por el Centro Edward Murrow de Diplomacia Pública, el Comité Mundial de Libertad de Prensa y el Instituto Internacional de la Prensa y Freedom House. Esta conferencia aprobó una de las declaraciones más tajantes contra los principios democratizadores del NOMIC, y logró unir a la mayoría de los países industrializados a las posiciones de la administración Reagan, más allá de contradicciones inter-industrializados que aún persisten en algunos campos de la información.

Inmerso en esta escalada, el subsecretario de Estado para Organismos Internacionales informó, en una sesión de testimonios ante el Congreso, que el poder ejecutivo y las corporaciones transnacionales actuarían juntas para oponerse al NOMIC. Finalmente, y en una actitud sin precedentes, elevó al Congreso de la Unión un proyecto de enmienda por el cual se suspenderían todas las contribuciones a la UNESCO si ésta adoptaba cualquier resolución, en el marco del NOMIC, que limitara el libre flujo de la información. Esta enmienda fue finalmente aprobada por el Congreso norteamericano en medio de un clima de euforia anti-UNESCO. Lleva la denominación de ley pública 97241, sección 109 de control de las políticas de comunicación de la UNESCO. El único antecedente inmediato se encuentra años atrás cuando EE.UU. interrumpió el pago de sus contribuciones a la UNESCO debido a las resoluciones de esta organización contra el Estado de Israel.

La defensa del libre flujo a ultranza como base del libre mercado ha llevado al equipo Reagan a ciertos distanciamientos con algunos países aliados. Apoyada por la ITT, la IBM, la CITICORP, el Bank of America, el Hannover Trust y Control Data, entre otros poderosos consorcios, la diplomacia de la fuerza en favor del libre flujo, impulsada por Reagan, parece no tener en cuenta la existencia de contradicciones reales con sus aliados.

El libre flujo irrestricto traducido en el monopolio norteamericano de bancos de datos articulado al flujo transfronteras y al control transnacional de la informática ha preocupado seriamente a países aliados de EE.UU. tales como Canadá, Japón, Suecia, Noruega, entre otros, que consideran en peligro su propia soberanía cultural e informativa, invadidos por una materia prima estratégica —la información— manipulada y expelida en flujos de 600 millones de signos por segundo vía satélite, con fines estratégicos desconocidos.

El informe Clyne, elaborado por el gobierno canadiense recientemente, llegó a advertir que "es necesario establecer una racional estructura de telecomuni-

caciones en el país como defensa frente a la ulterior pérdida de soberanía en los aspectos social, cultural, económico y político”.

El experto cubano, Enrique González Manet, expuso el tema con claridad: “el problema que se nos plantea a los países en vías de desarrollo debido al alcance global instantáneo y la operación autónoma de estos medios por gigantescas empresas privadas —cuyo flujo y contenido se desconoce— es el cuestionamiento de la soberanía y del carácter mismo de los Estados-Nación. Tales fenómenos ponen en duda, en las presentes circunstancias, la posibilidad de que los pueblos de Asia, Africa y América Latina, puedan asumir la defensa de su identidad cultural o implementar políticas independientes de desarrollo”.

El problema es de tal gravedad que el propio ex-director de la USIS, Leonard Marks, ha manifestado que es técnicamente imposible impedir flujos de 600 millones de signos por segundo vía satélite a menos que el sistema sea simplemente desconectado. El investigador norteamericano, Herber Schiller, manifestó al respecto que “cuando la gente abra los ojos, la infraestructura estará integrada al sistema transnacional de EE.UU”.

Los gobiernos y pueblos, incluso algunos aliados de EE.UU., comienzan a percibir este peligro de proporciones gigantescas que pone en entredicho el principio sacrosanto del libre flujo, exigido por el aumento masivo de datos y mensajes sobre las fronteras, clave operativa del sistema transnacional de información. Carter intentó adecuarlo para evitar el aislamiento general, la pérdida de aliados y una ofensiva contra el libre flujo sin precedentes. Reagan insiste en defender el principio y su praxis hasta sus últimas consecuencias y no dudó en aprobar la sección 109 de la ley 97241 que instala en la escena el chantaje formal a la UNESCO si la mayoría de sus estados miembros osa reglamentar el libre flujo irrestricto.

#### EL EMPATE DE LA XXII CONFERENCIA

En este contexto tiene lugar la XXII Conferencia General de la UNESCO en la ciudad de París, de septiembre a noviembre de 1983. Para que no queden dudas de su actitud, Reagan designa como presidente de su delegación al propio presidente de la compañía Mobil Oil y anuncia “urbi et orbi” que la UNESCO “está en capilla” y que dependerá de su buena conducta frente a los intereses privados y los propios intereses vitales de los EE.UU., que no se le corten definitivamente los suministros que le permiten continuar viviendo. La delegación norteamericana llegó a París con dos objetivos: a) mediante la tesis de “crecimiento cero” impedir la expansión de la UNESCO; b) impedir todo intento de profundizar los conceptos participativos del NOMIC, acentuando la defensa del libre flujo. El resultado le significó un empate que estratégicamente lo favorece, y le permite ganar tiempo.

Su tesis de “crecimiento cero” fue derrotada, pero mediante el temor no sólo cercenó los intentos de avanzar en torno a la definición del nuevo orden sino que logró erosionar algunos de sus más importantes principios.

La delegación norteamericana fue recibida con un discurso valiente e inesperado por parte del Director General de la UNESCO, Amadeu Mathar M'Bow, que

concitó la adhesión de virtualmente todos los estados miembros, dejando aislados en el tema a los partidarios del "crecimiento cero". M'Bow, dijo en un lenguaje poco usual en el funcionario de mayor jerarquía de la organización: "La UNESCO se enfrenta con una voluntad deliberada de oponerse a todo crecimiento de sus actividades, aun cuando ese crecimiento pueda lograrse con un presupuesto en franca disminución. No he dejado de advertir, por lo demás, que un jefe de delegación afirmó claramente que lo que estaba en juego no era la cuantía de la contribución abonada a la UNESCO, sino el principio mismo del crecimiento en términos reales. Se trata, por tanto, de una cierta voluntad política dirigida a frenar la cooperación multilateral y a limitar el alcance de la acción de la UNESCO en el mundo, poniendo sobre todo en tela de juicio la orientación de diversos programas con los que la organización trata de satisfacer las necesidades de los países en desarrollo en materia de cooperación técnica e intelectual. La actitud negativa hacia la UNESCO que demuestran las posturas adoptadas en materia presupuestaria no puede dejar de asociarse con ciertos ataques sistemáticos de que ha sido objeto la organización y que han adoptado a veces el carácter de verdaderas campañas de desprestigio. Por desgracia, debo señalar que esos ataques parecen estar estimulados, cuando no suscitados, en el seno de algunas delegaciones permanentes que, en lugar de apoyar las actividades de la organización y de favorecer una cooperación constructiva, prefieren entregarse a una agitación estéril."

El tono y contenido del discurso fue decisivo para derrotar el "crecimiento cero" ya que casi todos los estados, sorprendidos por la voluntad de confrontación del influyente Director General, se alinearon sin fisuras arrastrando tras sí a muchos países industrializados y dejando con escaso margen de maniobra a la delegación norteamericana.

Nuevos intentos norteamericanos por afectar los presupuestos del sector comunicación carecieron de fuerza ya que esa área es la más pequeña de la UNESCO, aunque parece ser la más conflictiva, y sólo gasta un 5.6% del presupuesto global, y posee un 3.2% del personal, 85 profesionales de un total de 2620 funcionarios de la UNESCO.

Los EE.UU., apoyados por 10 países se negaban a que el presupuesto bianual para el año 84-85 superara los 360 millones de dólares. Por su parte, M'Bow apoyado por 127 naciones exigía 374 millones. Las posiciones no cedieron y debieron ser sometidas a votación. Por 127 votos contra 11 se aprobó un presupuesto bianual de 374 millones de dólares. Los EE.UU. aceptaron la derrota. De todos modos, la UNESCO disponía de proyectos e iniciativas por 384 millones de dólares. La cerrada oposición norteamericana determinó que quedaran por el camino proyectos por 10 millones de dólares destinados a los países en desarrollo.

En cuanto al "Gran Programa III: La comunicación al servicio del hombre", presentado por la Dirección General y que ubicaba en un primer nivel de discusión el nuevo orden de la información, fortalecía el PIDC, privilegiaba el esfuerzo endógeno e introducía con fuerza el tema de la educación de los usuarios, las presiones ejercidas determinaron que en gran medida el resultado final no sig-

nificara un avance en la misma línea que la Conferencia General de Belgrado. La claridad de Belgrado, basando al nuevo orden en el flujo de doble vía, la defensa de la identidad cultural y la descolonización informativa, ha sido parcialmente oscurecida en París. Este es el resultado de una política de fuerza a favor del libre flujo irrestricto.

Entre los aspectos que configuran un retroceso con relación a Belgrado, detectamos el condicionamiento del “nuevo orden” a la supresión de los obstáculos internos y externos que se oponen a una circulación libre. En efecto, el párrafo 03203 del programa “la comunicación al servicio del hombre” expresa textualmente: “de la supresión de los obstáculos internos y externos que se oponen a una circulación libre y a una difusión más amplia y mejor equilibrada de la información, los conocimientos y las ideas, dependerá en gran medida el establecimiento de un Nuevo Orden Mundial de la Información y la Comunicación concebido como un proceso evolutivo”. O dicho en otros términos, se equipara el desequilibrio informativo, origen del nuevo orden, con las dificultades que encuentra el libre flujo. Y se afirma que no habrá nuevo orden sin libre flujo irrestricto.

Otro aspecto que evaluamos negativamente ha sido el comportamiento político de las fuerzas que en Belgrado impulsaron el nuevo orden. Anteriormente, la correlación de fuerzas exhibía un núcleo africano, asiático y latinoamericano vigorosamente enrolado en las tesis y la defensa del nuevo orden, un bloque socialista --con excepción de Cuba con dudas y temores sobre el contenido revolucionario del nuevo orden propuesto, un bloque de países desarrollados de origen fundamentalmente europeo que buscaba limitar los alcances del nuevo orden pero no se oponía frontalmente a su legitimidad y, finalmente, el bloque de EE.UU. y algunos aliados contrarios a la propuesta de cambio.

En esta oportunidad se concretaron cambios sustanciales. Las naciones industrializadas se unieron mayoritariamente a las tesis norteamericanas, incluida la Francia socialista, aunque con diversos matices menos radicales. Los países socialistas asumieron con fuerza y vigor la defensa del nuevo orden informativo despejando toda duda anterior al respecto. Y los países en desarrollo, atemorizados por la política de fuerza norteamericana, la posibilidad que fuera aplicada por el Congreso norteamericano la ley pública 97241 que llevaría a una catástrofe a la UNESCO --donde ellos son mayoría y cuentan con el invalorable apoyo de uno de los suyos, el propio Director General, ciudadano de Senegal-- decidieron no batallar con la misma fuerza que en el pasado contra el libre flujo irrestricto y sus peligros. Esta táctica de un gran número de países del Tercer Mundo, vinculada a una parcial retirada estratégica ante la diplomacia de fuerza, ya habría sido puesta de manifiesto en la cuarta reunión del PIDC en Tashkent. Lejos de detener la política reaganiana anti-UNESCO, esta exhibición de debilidad de la mayoría ha alentado la diplomacia de fuerza norteamericana.

El rol que ahora pasan a ocupar los países socialistas, llenando el vacío dejado momentáneamente por el Tercer Mundo, convierte esta polémica en una confrontación este-oeste, muy distinta a la norte-sur que venía gestándose desde

antes de Belgrado. Y todo esto en detrimento de las perspectivas reales del nuevo orden.

La XXII Conferencia de la UNESCO deja enseñanzas muy útiles de profundizar. Las diferentes fuerzas en pugna han mostrado todas sus cartas. El empate no durará mucho tiempo más.

*Federico Fasano Mertens*